

11-2-14-2  
E-375

# BOLETÍN

DE LA

## MASONERÍA DEL URUGUAY

PUBLICACIÓN OFICIAL

TRIMESTRE ABRIL - JUNIO - AÑO 1938





A. L. G. D. G. A. A. B. A. U.

# BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY

PUBLICACIÓN OFICIAL

ABRIL-JUNIO DE 1938

NÚMERO 2

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Dr. Duvimioso Terra, 1481 - Montevideo (Uruguay)

## S U M A R I O:

|                                        | Pág. |
|----------------------------------------|------|
| HORAS DE ANGUSTIA .....                | 35   |
| AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD .....        | 44   |
| CIENCIA Y DOGMA .....                  | 51   |
| UNA LIBERTAD DIFÍCIL DE ADQUIRIR ..... | 55   |

Director, Redactor responsable: Z. A. LÓPEZ VIDAUR  
Dr. Duvimioso Terra, 1481 - Montevideo - Uruguay







A. L. G. D. G. A. B. U.

# BOLLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY

PUBLICACIÓN OFICIAL

ABRIL-JUNIO DE 1938

NÚMERO 2

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Dr. Duvimioso Terra, 1481 - Montevideo (Uruguay)

## S U M A R I O:

|                                        | Pág. |
|----------------------------------------|------|
| HORAS DE ANGUSTIA .....                | 35   |
| AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD .....        | 44   |
| CIENCIA Y DOGMA .....                  | 51   |
| UNA LIBERTAD DIFÍCIL DE ADQUIRIR ..... | 55   |

Director, Redactor responsable: Z. A. LÓPEZ VIDAUR  
Dr. Duvimioso Terra, 1481 - Montevideo - Uruguay





## HORAS DE ANGUSTIA

---

Tal es, calificado en su exacto y preciso contenido, el sentimiento que nos invade el espíritu, cada vez que abandonamos el plano sereno y puro de la doctrina para asomarnos y contemplar la realidad exterior que nos llega desde los cuatro puntos cardinales.

Entonces, confesamos que por un momento nos domina el escepticismo, perdemos la disciplina y coherencia de las ideas, se adueña de nosotros la duda y llegamos a temblar por el porvenir.

Es que hoy, como en las horas difíciles y aciagas de los orígenes del mundo, como cuando Persia o Roma quisieron imponer su hegemonía, igual que en la oscura gestación del medioevo, como en el largo período de las campañas epónimas de Napoleón I o en la trayectoria luminosa en muchos aspectos de la edad moderna, los hombres se combaten y se despedazan con una ferocidad sin límites.

¿Será necesario todavía, inmolar tantas existencias preciasas, derramar tanta sangre, sembrar tantos odios y causar tanto dolor?

En todos los órdenes, el progreso de la humanidad es evidente. En algunos de ellos el ritmo seguido se caracteriza por una extraordinaria celeridad; en otros, se ha cumplido un proceso más lento; pero en todos se advierte una fuerza directriz que los guía, les da un sentido y orientación: el mejoramiento de la vida.

Esa nobilísima intención que encauza el esfuerzo humano, comprende, como es explicable, la faz material y el aspecto espiritual. Procura mejorar en lo extrínseco, las condiciones en que actúan los hombres en su peregrinaje por la Vida, y en lo intrínseco, conformar sus directivas morales a las modificaciones que aquélla sufre.

Así, al escenario agreste y rudo de los tiempos primitivos, correspondió la estructura semibárbara de los primeros hombres, que triunfaron de la agresividad del ambiente gracias a esa conformidad material y espiritual.

Si seguimos paso a paso la historia del hombre, advertiremos la estrecha relación y concomitancia que existen entre su propia evolución y las modificaciones que imprime al medio en que actúa.

A medida que las condiciones de vida se dulcifican, que se conocen mejor las fuerzas naturales hasta el grado de aprovechar su aparente hostilidad en beneficio de la comunidad humana, se hacen menos duras las relaciones entre los hombres, y, en los remansos que la lucha por la existencia les ofrece, hay lugar para que florezcan sentimientos que hasta entonces estuvieron acallados.

La vida humana, adquiere jerarquía merced a esta constante e ininterrumpida superación de sí misma.

A este proceso, nada ha sido ajeno. Ni la rudeza de la mano que talló la piedra para animarla de la gracia y del movimiento que inspiró al artista, ni las concepciones teológicas o metafísicas expuestas por hieráticos pensadores, ni las doctrinas científicas nacidas en la fría y rígida disciplina de los claustros. En ese sentido, la dinámica evolutiva, ofrece al estudioso que la analiza, una armonía admirable.

No puede negarse esta dependencia y trabazón de todos los esfuerzos humanos ni aún por quienes como Comte, ensayó dividir el proceso cognoscitivo en etapas perfectamente delimitadas.

Los sentimientos humanos en un principio puramente instintivos, de origen biológico, fueron adquiriendo su propia personalidad en la abstracción del pensamiento, aclarándose y definiéndose a impulsos de la socialidad.

Las nociones morales no son innatas en el hombre, como podría creerse; han sido formadas en un largo y penoso proceso de integración. Por eso varían de individuo a individuo, de una clase social a otra, de épocas pretéritas a nuestros tiempos.

Cada nueva generación las conoce por tradición oral o escrita; es este uno de los fines principales de la educación.

Y cada nuevo ciclo les agrega algo, las modifica, las depura, a veces, de sus errores, adaptándolas a su realidad social.

Analizar la influencia que tiene cada unidad humana en este proceso, frente a la acción indudablemente considerable del grupo o conglomerado social, es plantear el viejo y conocido problema de si el individuo es función o factor de la sociedad. Creemos que tienen razón los que sostienen que son funciones el uno del otro.

En otras palabras: no se puede negar que existe cierto paralelismo entre las condiciones de vida de cada época de la historia del hombre, y los conceptos y sentimientos que los caracterizaron.

Para confirmar la verdad que encierra esta afirmación, no necesitamos alejarnos ni en el espacio ni en el tiempo, nos alcanza con observar lo que acontece, en ese aspecto, en dos grupos sociales cuya vida material presente hondas diferencias.

El instinto de lucha, la agresividad y la guerra, tienen evidentemente muchos puntos de contacto con las ideas que hemos esbozado. El pueblo griego perdió la supremacía en el mundo antiguo, cuando el refinamiento de sus costumbres les hizo olvidar las prácticas guerreras para deleitarse en la contemplación de la belleza que creaban sus artistas; los romanos abrieron sus fronteras a los bárbaros cuando la eutritmia de las estatuas y la melopea de los poemas helénicos, los iniciaron en la suprema gracia del Ática.

Desde otro punto de vista, se sostiene, y con razón, que la decadencia de la Hélade, primero, y de Roma luego, se debió en gran parte a causas biológicas. Las frecuentes guerras civiles, las campañas de conquista sostenidas por ambos pueblos, les sustrajeron sus mejores hombres, los más bravos, los más sanos, los más resistentes, que murieron en el entrevero sangriento de los combates sin dejar descendencia. No admite duda la importancia de las pérdidas sufridas por ambos pueblos como consecuencia de las referidas causas.

En otro plano, podríamos analizar la modificación que ha sufrido el instinto de lucha, en su aspecto individual, como consecuencia de la organización jurídica de las so-

ciedades modernas. Al caballero de los tiempos idos, hidalgo y galante a veces, bravucón y soez otras, que defendía su sinrazón o su derecho con la punta de su espada, el progreso de las costumbres, la aceptación de otras normas morales, opone la decisión augusta y serena de la ley. Sólo un porcentaje muy pequeño de hombres, impulsivos o anormales psíquicos, proceden en otra forma y la sociedad los aprehende, gradúa su peligrosidad, los mantiene alejados de su seno no con el fin de castigarlos, sino para defenderse de ellos o para reeducarlos creándoles, si es posible, los centros de inhibición necesarios para que puedan convivir en un medio civilizado.

Las normas jurídicas, al concretar ideas morales, hábitos o costumbres sociales, traducen sentimientos jurídicos que son anteriores a ellas. El sentimiento jurídico, como el moral, no son innatos en el hombre: son un producto de su evolución transmitidos por herencia psicológica. Lo que acontece es que el medio en que vivimos está impregnado de aquel sentimiento que vamos adquiriendo desde la infancia.

Ambos sentimientos han precisado su contenido lentamente, a medida que los hombres aprendían, por experiencia, a distinguir las acciones útiles de las nocivas. Por eso, el sentimiento jurídico varía en el tiempo y en el espacio como vimos que acontece con el sentimiento moral.

Las normas jurídicas se instituyeron, posiblemente, por la necesidad de fijar reglas generales de conducta más estables que las normas puramente morales, que varían de individuo a individuo. Sabido es que aquellas normas se diferencian de éstas por el elemento coactivo que las integra.

Se cumple así una verdadera paradoja, pues, cercenando una parte de nuestra libertad, la ley nos convierte en seres iguales y libres. Este ideal es sólo admisible en el plano jurídico que el hombre ha creado; biológicamente, somos distintos y estamos sometidos a un determinismo orgánico, que hace que ninguno de aquellos extremos sea cierto en absoluto.

La transformación que ha experimentado la conducta individual de los hombres ha sido posible al seguirse, hasta

Involuntariamente, la clásica afirmación de Bacon que hay que obedecer a la naturaleza para mandarla. Los instintos atávicos y ancestrales de lucha, de mando y de predominio existen en el hombre; no es posible suprimirlos y desarraigados con la misma facilidad con que se quita una maleza que estorba. La solución está en desviarlos como sostienen los psicoanalistas modernos, en encauzar su fuerza expansiva, transfiriendo su sentido y su aplicación.

Este trastrocamiento completo en la conducta individual, como se ve, no es un resultado aislado sino elaborado lentamente y con la cooperación de todos los elementos materiales y espirituales que han mejorado la vida del hombre, que la han dignificado hasta el punto de hacerla sagrada.

La afirmación precisa del mandamiento cristiano, ha alcanzado en nuestro siglo un sentido profundo y amplio a la vez.

Nada da derecho a suprimir la vida de un semejante, todo obliga a luchar por prolongarla y mejorarla. La eutanasia, inspirada en un nobilísimo sentimiento de piedad, repugna a la mayoría de los espíritus; tan arraigados están los conceptos anteriores.

Si en el plano individual se ha logrado una conformidad más o menos completa entre la vida más fácil y confortable de nuestros tiempos y el progreso experimentado por los conceptos morales, ¿por qué en el aspecto colectivo, el instinto de lucha, la agresividad y la guerra se mantienen como única solución en los conflictos planteados entre diferentes grupos sociales?

Esta interrogante ha preocupado, y preocupa, a innumerables pensadores que han puesto en duda la legalidad de la guerra y su necesidad para resolver los conflictos entre las naciones.

Todas las religiones, muchas doctrinas filosóficas y morales y algunas corrientes políticas nobles y sanas, han afirmado la fraternidad humana.

Con el despertar renacentista las fuerzas contrarias a la guerra adquieren mayor eficacia y consideración. Así vemos que Hugo Grocio, fundador del Derecho Internacional,

sostuvo en 1625 que la guerra no crea derechos. Igual principio se sostiene actualmente, como doctrina americanista, al resolverse en el séptimo Congreso Panamericano una norma jurídica para los países de este continente por la que no serían reconocidas las conquistas obtenidas por las armas. Es extraordinaria la concordancia que existe, en este aspecto, entre el pensamiento de aquellos hombres y el de los actuales.

Grocio sostiene que los resultados de la guerra no son siempre favorables a los justos y que sólo podría ser legítima y admisible, puesta al servicio de un orden jurídico ya establecido y aún así como un mal necesario, y por entonces insustituible. Compárese el estado de moral individual de aquella época con las ideas que en el orden colectivo sostenía este jurista.

Kant, en su tratado "La Paz Perpetua" publicado en 1795, depura, sistematiza y fundamenta en forma científica, las utopías pacifistas que florecieron en la Revolución Francesa. Este recio pensador, no pierde de vista la realidad internacional en que actúa y por eso deja de lado las ideas esbozadas por Dante de una monarquía universal o las expuestas por Clotz de unir en una república única a todos los hombres del mundo. Sostiene en cambio, que la paz es una realidad posible y un imperativo moral urgente, y que para obtener esa afirmación optimista se necesitaba, resumida en pocas palabras, que "la política nacional e internacional concuerden en todo momento con las exigencias del derecho y de la moral".

Kant, halla los fundamentos de la paz perpetua en la armonía misma de la naturaleza y quizá también en el imperativo "Amaos los unos a los otros".

"La guerra, dice Hegel, no es más que un cambio sangriento de ideas; una batalla no es otra cosa que el combate del error y la verdad; la victoria no es otra cosa que el triunfo de la verdad del día sobre la verdad de la víspera, convertida en error al día siguiente."

Dice Montaigne: "la guerra es la ciencia o arte de matarse, de arruinarse y destruir nuestra propia especie, hace envidiar el estado de las bestias que no la conocen. Las

bestias son superiores a los hombres, porque ignoran el arte de destruirse."

La insigne Concepción Arenal, con la emoción y la enjundia que caracteriza su palabra, afirma: "Detrás de una masa de hombres armados vemos siempre un gran error, un gran crimen o una gran debilidad; con frecuencia la reunión de todo esto". "Semejante idea sigue a los batallones, los escuadrones y las baterías, ya desfilen brillantes en la parada, ya se retiren diezmados del campo en que dejan a sus compañeros sin vida, y hace palidecer el brillo de los arneses, marchita las palmas, y da ecos fúnebres a los cantos de victoria".

Para que se advierta el contraste que presentan estas opiniones con las de un caracterizado defensor de la guerra, vamos a transcribir una opinión del conde de Moltke enunciada en 1880:

"La paz perpetua, dice von Moltke, es un sueño, y ni siquiera un hermoso sueño. La guerra es un elemento del orden del mundo, establecido por Dios. En ella se desarrollan las más nobles virtudes del hombre: el valor y la abnegación; la fidelidad al deber y el espíritu de sacrificio. El soldado da la vida. Sin la guerra el mundo se corrompería y se perdería en el materialismo."

No se necesita ahondar el análisis para advertir las falacias en que incurre este panegirista de la fuerza.

Todas las virtudes que él atribuye a la guerra, felizmente existen y se cultivan en la paz sin las consecuencias catastróficas que aquélla tiene para vencidos y vencedores, sin conturbar la conciencia colectiva hiriéndola en lo material, en su más preciosa vitalidad y, en lo moral, en sus conquistas más caras.

Hay abnegación, hay valor, hay fidelidad al deber, hay espíritu de sacrificio, en el sabio que abandona la vida muelle y cómoda para descifrar los misterios de la naturaleza; en el médico que expone su existencia a todos los riesgos para salvar un paciente; en el predicador que, iluminado por la santidad de sus doctrinas, se adentra en lo desconocido de las selvas para inflamar el espíritu de los salvajes que la habitan, con sus palabras que son cantos de redención y de amor.

Es natural que si todas las fuerzas sanas y nobles se empeñaran en formar la conciencia colectiva sin nacionalismos estrechos ni sectarios, sin exclusivismos agresivos y si la educación estuviera inspirada en la fraternidad humana, los instintos colectivos de lucha y de combate que aún no han sido desarraigados a pesar del progreso logrado en otros órdenes, darían lugar a sentimientos más elevados y dignos de perdurar que aquéllos.

Hay un problema de educación que por sí solo no podría terminar con la guerra, crearía el clima moral necesario para hacerla insostenible. Concepción Arenal lo entendió así cuando afirmó: "La guerra, no se puede embestir con éxito de frente; hay que flanquearla y bloquearla; hay que cortarle las comunicaciones con la ignorancia, los instintos feroces, los intereses bastardos o mal entendidos, la inmoralidad, en fin, con que se alimenta; mientras estos proveedores puedan abastecerla, se sostendrá; cuando falten o se debiliten mucho, ella se rendirá al Derecho."

No hay razón ninguna para que la cooperación internacional no imponga la justicia a sus miembros como el Estado la impone a los individuos.

Al igual que entre los ciudadanos de un país la simple presencia de la fuerza coactiva del Estado alcanza para imponer el acatamiento a la ley civil sin necesidad de desencadenar la fuerza material que representa la suprema sanción, la existencia de una fuerza internacional inspirada en el respeto del Derecho y en el amor a la humanidad, podrían asegurar la paz y la concordia entre los hombres nacidos para cumplir destinos más altos que el de exterminarse unos a otros.

Todavía quedaría por asegurar una organización social justa que retribuyera el trabajo del hombre de acuerdo con su esfuerzo, que brindara a todos las mismas posibilidades en la distribución del bienestar común.

Entonces, es posible que olvidando las naciones sus viejas querellas, sus ansias de dominación y su pasado de orgullo y de sangre, llegaran a comprender que su misión es conseguir la completa liberación del hombre y el mejoramiento de sus condiciones de vida.

# AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD

---

## LOS PROBLEMAS SOCIALES GEOGRÁFICO- ECONÓMICOS Y EL PORVENIR DE SUD-AMERICA

### II

Podríamos condensar nuestra primera exposición en el final de uno de sus últimos párrafos, cuando, después de calificar como se merecen las *Proposiciones* y las *Normas* que argentinos y brasileños redactaron para las futuras enseñanzas y estudios históricos y geográficos en este nuestro Continente, —punto de mira de la esperanza democrática del Mundo,— dijimos que, pese a su belleza de forma e intención, ellas podrían admitir, sin duda, algún perfeccionamiento en la ampliación de sus bases, "*llevándolas a los fundamentos sociales y económicos de cooperación continental interdependiente, restringiéndolos, por el momento, en su magnitud mundial de enunciados teóricos, a la realidad continental y al momento espiritual de la Humanidad*".

Nada modificamos, por cierto, esa nuestra afirmación posibilista. En lo que *posibilismo*, —conviene, sin duda, precisar la extensión del vocablo,— puede importar facultad de hacer, de realizar.

Pero, entonces, antes de concretar nuestros conceptos de posibilidad de acción acordes con aquellas *Normas* y *Proposiciones*, se hace necesario enunciar que es, a nuestro jui-

cio, —muy someramente—, lo que hemos llamado *momento espiritual de la Humanidad y realidad continental*.

Y lo enunciaremos, decididamente, sin la menor vacilación, pero, eso sí, con una bien explícita declaración; esta: No hay en nuestras palabras la menor intención de considerarnos ni de querer que se nos considere capaces de enunciar, *sin error*, aquellas posibilidades. No. Eso, no. Pero hay, sí, la seguridad absoluta de nuestra convicción de que lo que anhelamos, —y con seguridad no sabemos decir,— es una realidad posible, al alcance de la Humanidad, no ciertamente, de la *Humanidad mundial*, pero sí, —perdónese-nos la limitación desconcertante de la expresión,— de *nuestra Humanidad continental*.

Y nos consideraríamos bien, grande y ampliamente premiados, si, gracias a estas exposiciones, algunos de esos espíritus capaces, quisieran intentar, ellos también, perseguir esa misma finalidad, que nosotros sabemos *donde está*, pero que quizá no alcanzamos a definir ni concretar.

Nadie ignora, —sería tontería intentar negarlo,— que cuando, en 1823, entre Adams y Monroe, enunciaron la famosa teoría que lleva el nombre de este último, su traducción *única* era unilateral. En la expresión vulgarizada de "*América para los Americanos*", sólo cupo, para los latino-americanos, una sola acepción: *América*, era, tan sólo, los *Estados Unidos de Norte América*, y, *Americanos*, eran, a su vez, y con exclusividad, los ciudadanos de aquella misma gran nación. Los restantes americanos eran, entonces, *spaniards*, *portogueses* o, todo lo más, *creoles*.

Pero, si su contenido espiritual, —así limitado,— sería hoy inaceptable para las naciones latino-americanas, piénsese un instante, cuál era o podía ser, en 1823, el panorama político y legal de la América Latina y se comprenderá fácilmente el valor de aquel enunciado, verdadero reto lanzado a la Europa resultante del absolutista Congreso de Viena de 1815 y sus derivaciones, desafío planteado de frente, sin limitación alguna, por un conglomerado republicano cuyo mayor valor, en aquella fecha, era, en verdad, su *Fe*.

Su Fe, sí, su Fe en sí mismos, en su derecho, esa Fe de la que, —por paradojal que parezca,— carecían estos otros pueblos latinos, también americanos, pese a, —o, precisamente al contrario, por,— haber sido educados en el ejercicio de una idolatría ciega, basada en el terror y el castigo antes que en la esperanza y el perdón, en una fe que era temor de pecar y angustia de eterno dolor, negatoria de personalidad humana, en lugar de ser seguridad y fe en su condición de tal, afirmada en la convicción de la existencia de una autoridad inmanente capaz de comprender las debilidades de la estructura humana en lugar de castigar sin remisión los resultados de las fallas que ninguna criatura es culpable de recibir al nacer.

Pero el sojuzgamiento espiritual latino-americano evolucionó. Y al cumplirse los cien años de la emancipación (incoherente y tambaleante pero emancipación al fin, mas, en sus principios, en los órdenes físico-directivos o de incipiente gobierno que en los espirituales), la doctrina de Monroe retrocedió en su concepción primaria, y, vuelta al regazo de sus enunciadores, reapareció más tarde, bien recientemente, convertida en un postulado general, amplísimo, en el que América, —ahora TODA AMERICA,— es *AMERICA* por fin y en la que el concierto Pan-Americano es uniforme y total, con renuncia definitiva a toda otra expansión territorial, no sólo en beneficio de aquellos Estados Unidos altaneros y aislantes del primer momento, —cuya última expresión radicó en el Presidente Theodore Roosevelt y su *stick*,— sino en el de todas las restantes naciones americanas, unidas, —ahora sí, por fin y por primera vez en la Historia, todas las naciones de este magno Continente,— las grandes y las chicas; las ricas y las pobres; las de blancos, las de negros como las de supremacía mulata o aborígen; las de habla inglesa, española, portuguesa o francesa; las de cualquier religión o filosofía, las permanentemente democráticas o las transitoriamente reaccionarias, todas, sin excepción, unidas en un solo anhelo por la paz y la felicidad *comunes*, no de una ni de unas de entre ellas, sino de todas, sin restricciones y por igual.



No es dudoso, ciertamente, que la magnitud de los *errores* (íbamos a escribir: *horrores*; perdón!), de la Humanidad ultra o extra americana, han producido, por reacción saludable, un acercamiento más rápido entre las naciones americanas, conscientes de una no por indefinida menos latente amenaza a su libre albedrío y, por ende, a su felicidad. Eso es, dolorosamente exacto. Pero no es menos cierto, también, que gran parte de ese acercamiento se debe a nuestro mutuo americanismo cada vez mayor, pero mayor, sin duda, por parte de aquellos mismos Estados Unidos de Norte América, que han mantenido y perfeccionado un servicio de información excepcional y cuya *base sustancial*, —nos interesa expresarlo ya que confirma plenamente nuestro primer artículo,— radica en *el conocimiento del idioma español*, impuesto no sólo a sus Cuerpos diplomático y consular como fundamento casi *único* de su acción pública internacional, sino, también, en las *cátedras de investigación de la Historia, la Geografía*, —notoriamente en sus aspectos sociales y humanos,— *y de la Economía* hispano-americanas, cátedras incorporadas a todas las Universidades oficiales y privadas, —que en aquel país a veces son las mejor dotadas,— estadounidenses. Agréguese a lo dicho el descubrimiento de grandes riquezas y posibilidades de independencia económica (caucho, petróleo, etc.), en varios países latino-americanos, que les han permitido no sólo acrecer su potencialidad económica si que, en ciertos casos, hasta liberarse de toda tutela o necesidad de cooperación económico-financiera. Y aún cuando no sea este el instante de recordarlo, conviene no olvidar nunca que la ausencia de necesidades económico-financieras es, lamentablemente, sinónimo de independencia política y de consideración internacional.

Puede ahí, tan sencillamente, encontrarse la causa sustancial de la evolución de la doctrina de Monroe hasta alcanzar su actual configuración pan-americanista. La evolución del concepto político ha sido paralelo con el *valor* positivo de las en 1823 incipientes, tambaleantes y necesitadas naciones en embrión de la descendencia latina.

Pero permítasenos, al paso, una digresión. Nada ha hecho Latino-América para cooperar en esa acción estado-unidense, puede que simplemente interesada pero existente y utilizable. No sólo no ha creado *cátedras de investigación de los problemas estadounidenses en su acción refleja sobre nuestros ambientes*, pero ni siquiera con relación a sus naciones hermanas en raza, idioma y continente; sus cátedras de idioma inglés, existentes, esas sí, en todas partes, carecen de eficacia, de aquella eficacia que poseen las correspondientes de idioma español existentes en Estados Unidos porque sólo consisten en la lectura de ciertos pequeños trozos rituales que sólo se abordan como una sanción ineludible destinados al olvido inmediato una vez que el correspondiente examen ha sido "*pasado*", —o, dentro de la jerga estudiantil continental:— "*salvado con la nota del Pueblo*" (R. R. D.: Regular con deficiente).

Falta, pues, una acción acorde. Aquellas cátedras de investigación que con tanto éxito funcionan en Estados Unidos para con la América Latina, es necesario que se organicen en nuestra América Latina para con respecto a los Estados Unidos, y, lo que en este caso importa más, mucho más, *que se organicen para con nosotros mismos*, para que una vez por todas dejemos de ser un conjunto familiar que se desconoce y teme y se rehuye y, al comprendernos, sepamos en qué gran medida podemos ser, —uniéndonos sin desmedro de lo que ya cada uno es o ansía ser,— la Unidad política del porvenir.

Menos mal que en algunas ciudades, —la nuestra, por ejemplo,— se han creado establecimientos de acción cultural recíproca y cuyos programas importan la iniciación de un mutuo conocimiento. Pero, aún así, eso no es todo. Porque no es posible dejar de decir, también, que si esas entidades de cultura mutua existen y son eficaces, adolecen de un vicio congénito: el de ser unilaterales, el de no establecer, nunca, sino un intercambio *entre dos*, con exclusión de los demás. Y ese es un error a nuestro juicio, fundamental. Es necesario ir a las entidades de cultura continental, en un esfuerzo común, en una entidad central UNICA aunque, para comodidad de funcionamiento, pueda ella, si así con-

viene, distribuir su *acción armónica, de un solo plan*, en cuantas ramificaciones estime convenir.

No dejamos de reconocer, —nos adelantamos al reproche,— que existen *Cursos de Vacaciones* en los que hemos tomado la delantera también, Intercambio de Profesores e Intelectuales aislados. Sí, eso existe. Pero faltan la continuidad, la continentalidad (no me animo a decir la universalidad, que aún está muy lejos), y la profundidad. Y esos valores no se alcanzan con simples elegantes conferencias ni con discursos a pleno público y con el incentivo del premio social. No; es necesario ir a las aulas, primero a las elementales para la forja del espíritu hacia la confraternidad social y económica, enseguida en las secundarias, para la certidumbre de la convicción, finalmente en las cátedras de Investigación que permitirán determinar el cómo y el cuándo de aquella solidaridad racial, social, económica, fijar sus alcances y sus métodos, equilibrar los esfuerzos y señalar las barreras que el juego armónico de la economía continental puede, primero, suavizar, y, más tarde, suprimir.

Para hacer comprender cómo es que, para nosotros, la *realidad continental* es ampliamente favorable a las ideas que estamos exponiendo, nos bastará referirnos a las constancias de la VII Conferencia Pan-Americana, la última que se celebró en nuestra ciudad en diciembre de 1933.

El señor Alfonso López, que acaba de dejar la Presidencia de Colombia, que ocupó en forma ilustre, decía cierto día: "Deseo, señor Presidente, que discutamos en público y " que discutamos en público, aunque no podamos ponernos " de acuerdo; sé que llegará el acuerdo en cuanto la realidad económica y política de estos países lo permita, cambiando ideas; de la manera como nunca llegaremos a ningún acuerdo es no cambiando ideas públicamente."

Y bien: ¿qué le faltaba al auditorio magnífico del señor López? Magnífico, repito, en lo intelectual y en lo social y oficial. Le faltaba el *conocimiento*. Porque, dicha sea la verdad: NADIE SE CONOCIA, no, ciertamente, como

Personas. *No se conocían como valores americanos, troncos de un mismo árbol, elementos comunes a la construcción de un mismo edificio arquitectónico.* ¿Y de qué valía, entonces, que el venezolano, pongamos por caso, estrechara fraternalmente la mano del chileno o del oriental si ni el uno ni los otros sabían en qué podía cada uno de los tres países constituir la salvación o el simple bienestar del otro? Y a fines de este año de 1938, aquellos mismos hombres que en 1933 se reunían aquí en Montevideo u otros de igual valía, volverán a encontrarse en Lima en la VIII Conferencia Pan-Americana y otra vez el mismo desconocimiento de las posibilidades continentales para el bien común les hará rendir un mínimo de lo enorme que, de conocerse YA a fondo, podrían alcanzar.

Pero no cabe ese descorazonamiento. Todo lo contrario. Y, ya que hemos citado la Conferencia de 1933, probaremos ese nuevo aserto con dos frases más de otros eminentes estadistas. Decía así el Embajador del Perú, Barreda Laos:

“En esta Conferencia de Montevideo, la conciencia de América ha tomado pleno conocimiento de sí misma; y el panamericanismo ha encontrado el fundamento estructural de su propia existencia.”

“Después de cuarenta años de vacilaciones y alternativas (se refiere a la iniciación de las Conferencias Pan-americanas), hemos hallado la arquitectura moral y estética de nuestro sistema.”

Y el señor Cordell Hull, Ministro Secretario de Estado de los Estados Unidos de América dijo así: “La clausura de la Conferencia Pan-americana sorprende a las Naciones Americanas en el mejor entendimiento que se recuerda de diez años a esta parte”.

¿En qué se fundan estas afirmaciones? En el inter-conocimiento mutuo; en la convicción ya indarraigable de la evolución de nuestras entidades soberanas como entes políticos dentro de las limitaciones del Derecho Internacional, con-

vicción que para el eminente Ministro estadounidense se fundamenta, ante todo, en los resultados de los estudios e investigaciones realizadas por los elementos oficiales y privados de su gran país sobre las posibilidades y realidades de organización efectiva y de economía y responsabilidad financiera alcanzados por Latino-América.

En ese ambiente cada vez más propicio que se desenvuelve la América latina. Ambiente tan opuesto al extra-americano que hasta nosotros llega en forma presionante y al que es necesario intentar detener. Por nuestro bien, sí, pero también por el de la Humanidad que es, a la vez, el bien de ellos.

Y ahora, cuando América y Australia van quedando como Islas de Paz y de Democracia en un mundo que regresa, es cuando debemos los americanos tentar todas las evoluciones, todas las ideas, para procurar alcanzar en nuestro continente, aquella misma unidad económica y social que su igualdad de lengua, de raza, de origen, de tendencias, de cooperación le han permitido alcanzar a Australia, ya que todas esas mismas excepcionales condiciones se nos ofrecen en nuestra entidad continental.

Pero, se nos dirá, y entonces, el título, ¿dónde queda América para la Humanidad?

América no puede ser hoy la salvación del Mundo. Existen, lamentablemente, materialidades que lo hacen superior a las capacidades humanas. Pero América sí, puede ser, mejor dicho, es ya, la esperanza del Mundo. Salvemos, pues, nuestra América, la de Wáshington, de Bolívar, de San Martín, de Artigas, de Miranda, de Martí, de Madero, de Tiradentes, de Rodó. Y ella, más tarde hará el resto. Pero para salvarla hay que unirla, en lo social y en lo económico, pero para eso hay que conocerla.

## CIENCIA Y DOGMA

---

Al abordar este tema, no es nuestro propósito realizar un estudio profundo y detallado del mismo —como tan interesante problema se lo merecería— hallándose igualmente muy lejos de nosotros todo afán de polemizar o debatir sobre tan apasionante tópico filosófico; dejamos para otros con más aptitudes y espacio que nosotros, la dilucidación de estas justas de erudición y oratoria. La publicación de esta modesta colaboración sólo tiene por objeto poner de manifiesto ciertos conceptos que consideramos pueden arrojar alguna luz en el sendero de la Verdad.

Los conflictos suscitados entre la Ciencia y el Dogma han sido la causa de una exhuberante literatura que reúne las más diversas y variadas opiniones de filósofos, pensadores y científicos sobre lo que cada uno considera exacto e incommovible, sin que por ello, empero, se haya logrado una uniformidad de criterio.

Pero, ¿es que realmente existen tales conflictos? ¿El planteamiento de los mismos no contribuirá a agravar el problema, en lugar de tender a solucionarlo?

Hay quien afirma que si la ciencia se halla divorciada del dogma (léase Religión), es inaceptable toda relación inversa yendo del dogma a la ciencia.

Nuestro concepto personal es que la ciencia debe dejar totalmente de lado al dogma —aunque con el respeto y la dignidad que deben caracterizar a aquella siempre— si se desea que la Humanidad prosiga avanzando y evolucionando por derroteros estrictamente científicos.

“Dogma —dice un autor— significa en su más genuina acepción filológica “opinión”, “principio”, “punto de doctri-

na". Aplicado a la Iglesia, ello se traduciría por "el dogma de la escuela, el principio aceptado urbi-et-orbi y publicado como incontrovertible, inapelable; es su voluntad, su propio pensamiento, expresados oficialmente, y cuyo desacato trae aparejado para el hereje, el terrible anatema que cierra para siempre a los réprobos las puertas de la mansión bienaventurada."

Un dogma así concebido, cerrado, impermeable a toda idea que no sea suya, y sólo aceptando como verdad sus premisas, debe necesariamente chocar a todo espíritu amplio y abierto a todas las sugerencias lógicas.

Si bien el dogma ha sido creado en determinada época para encerrar las ideas sustentadas entonces y aceptadas como Verdad, como lo absoluto, también lógicamente se debe comprender que a medida que avanza la civilización, nuevos hechos, nuevos descubrimientos, nuevas invenciones y el aumento de la cultura, han creado una nueva Humanidad.

Si las leyes, las costumbres y los principios sociales, han evolucionado, mejorando, ¿por qué el dogma ha de permanecer siempre incólume? ¿Se dirá acaso que es la Verdad y que por eso, como principio moral, debe ser eterno?

¿Cuántos ejemplos de hechos y de principios científicos que se han considerado hasta hace muy poco tiempo como leyes exactas, han fallado por su base?

El ejemplo más conocido sería el de Galileo, al sostener el movimiento de la tierra.

¿Cuántas teorías había para explicar las enfermedades microbianas y que todos aceptaban, hasta que el genio de Pasteur dió en tierra con ellas estrepitosamente?

Un filósofo afirma con mucha razón que la Humanidad evoluciona y que es imposible impedir que las cosas sean lo que son por su propia naturaleza y esencia íntimas; que no es dado detener la corriente avasalladora, sin grave riesgo de ser arrastrado por ella. Luego agrega que "la ciencia pone a nuestro alcance elementos de juicio tan poderosos y valiosos para apreciar la esencia de las cosas, que no la podemos rechazar tan sólo porque el dogma nos lo prohíba, si en algún modo ella se alzase victoriosa contra el dogmatismo."

El dogma, por lo demás, es creación del Hombre, pretendiéndose por tal medio interpretar la verdad, la voluntad divina.

El hombre es bueno, bien intencionado y sus ideas son elevadas, aunque muchas veces fracasan en su aplicación como consecuencia de la no infalibilidad del ser humano; de ahí que el fracaso en la realización de un ideal, dependa, pura y exclusivamente, del hombre.

El dogma cristiano permaneció inmovible hasta la Edad Media. Pero llegó el Renacimiento, y con él un despertar, un nuevo estado de conciencia que se asfixiaba con ese dogma milenario. Este fué el origen de muchas escisiones y del formidable movimiento de la Reforma. El dogma necesitaba ser más liberal, más sencillo, hallarse al alcance de todas las conciencias.

De ahí el triunfo de la paranoica e histérica Mary Baker Glover Eddi (1821-1910), al fundar la "Christian Science" (Ciencia Cristiana), lo que le reportó millones de adeptos y más millones de dólares en Estados Unidos en el siglo pasado y parte del actual, porque sus principios eran muy sencillos, casi ingenuos, y no predicaba la abstinencia, ni condenaba la gula, ni el lucro, etc.

Dice un autor compatriota, refiriéndose a la Medicina: "El advenimiento del Cristianismo fué funesto para nuestra Ciencia. En una selecta minoría logró afinar la espiritualidad, despertar ideas elevadas, no originales, pues de los confines de la China, con la enseñanza búdica tan pura y serena, hasta las escuelas filosóficas de Alejandría, un borbotón ideológico se agitaba para desprenderse de la escoria, que una religión con dioses, pero sin creencias, había acumulado en largos siglos de continuado uso."

Pero para las masas humanas las enseñanzas y los preceptos plasmaron en una forma que hizo verdad la frase bíblica que afirma que si el espíritu vivifica, la letra mata.

¡Cuán poco quedó, cuán poco queda hoy de las evangélicas predicaciones!

Esta es nuestra posición con respecto a estos dos grandes problemas que, de seguir por el sendero de la Verdad y de la Tolerancia, como corresponde, jamás chocarán, y sí sólo beneficiarán a la Humanidad!

## UNA LIBERTAD DIFÍCIL DE ADQUIRIR

---

### II

En nuestro trabajo anterior, enumeramos una cantidad de factores externos que infieren y condicionan, sin que nosotros lo advirtamos, nuestros pensamientos y nuestra acción. Hablamos de la sugestión que ejerce la sociedad en cuyo contacto vivimos y los amigos que frecuentamos diariamente.

La Psicología —ciencia que estudia el alma— ha salido hace ya unos cuantos años de su primitivo plano puramente especulativo y formal para estudiar en lo “vivo” el proceso psíquico evolutivo; pero, para evitar confusiones, es necesario tener presente que las leyes que determina y formula, no pueden tener la fatalidad que caracteriza a las leyes físicas. Por eso sus conclusiones deben aceptarse teniendo en cuenta cierto grado de generalidad y un determinado coeficiente de variabilidad. Son esquemas a tener en cuenta; frente a la Psicología general, aparece la psicología individual, con variantes más o menos profundas en cada ser humano. Antes se hablaba del hombre como si no hubiera más que *uno*, igual que se habla de realidad como si ésta fuera una sola.

En verdad, lo que entendemos por individuo, su ecuación psíquica personal, es una conquista relativamente nueva del espíritu humano y de la historia de la cultura.

Además de los elementos propios de cada unidad humana, hallamos los determinantes externos que estamos es-

tudiando; por eso Rousseau afirmó en el "Emilio": "El hombre no es otra cosa que una unidad fraccionaria que tiene un denominador. Su valor, es su relación con el entero, que es el cuerpo social."

El ser humano, tal como lo estudiamos en su aspecto orgánico y mental, no se encuentra en parte alguna de la naturaleza. Sólo podemos observar como realidad concreta al individuo, que es *único*.

Interesa mucho en esta clase de cuestiones, tener en cuenta estas ideas, para no incurrir en errores groseros que al viciar en su origen nuestro razonamiento, nos llevarían a conclusiones equivocadas.

Es tan grande la influencia que han ejercido y ejercen las ciencias matemáticas en el pensamiento humano, que en la consideración de ciertos problemas debemos defendernos de ella. Acostumbrados a la rigidez de sus métodos y a la precisión de sus resultados, pretendemos aplicarlos en cuestiones que por su esencia los rechazan porque exigen cierto grado de flexibilidad.

Nos permitimos esta pequeña digresión, para evitar que alguien pueda ver en nuestras palabras alguna contradicción en la que no hemos querido incurrir.

Por ejemplo: la exaltación de la personalidad individual, es necesaria para el desarrollo integral del ser, pero en un término justo que no lo aleje de las realidades de la vida misma.

Conviene que sepamos y que tengamos conciencia de la sugestión que ejerce sobre nosotros el pensamiento de los demás, sus ejemplos y sus acciones, para que podamos encontrar nuestras propias líneas de fuerza interiores, pero no sería aceptable que nos alejáramos del medio circundante persiguiendo, en un extraño misticismo, la soledad.

Crear defensas en cada uno de nosotros, para realizar una verdadera disección del pensamiento, depurarlo de la influencia ajena cuando queramos y, podamos ser originales, es una posición espiritual digna de alabanzas; rechazar de plano todo lo bueno que el acervo social nos ofrece, es criticable.

Además, no podemos perder de vista la realidad; la vida humana es corta. Poco podríamos realizar de original y de bueno si tuviéramos que desandar el camino penosamente recorrido y descubrir de nuevo verdades conocidas y verificadas por varias generaciones que nos han precedido en el esfuerzo.

Las posibilidades que en ese sentido tendríamos, serían muy limitadas. El espíritu se construye en el diario convivir con los demás, en el intercambio de ideas con compañeros y amigos, en la lectura, en los viajes, en las observaciones que hacemos.

Los compañeros y amigos constituyen un elemento importante en la elaboración de la personalidad de cada uno de nosotros. Por hallarse más cerca nuestro que el resto del mundo social, su influencia es más amplia y más profunda.

Merced a la acción recíproca que un amigo ejerce sobre otro, se actualizan y florecen actitudes existentes, se moderan otras y se manifiesta una saludable reacción, si esos amigos se complementan y armonizan en sus defectos y virtudes.

La amistad que en la mayoría de los casos, es uno de los fenómenos de la socialidad, surge de la necesidad que tenemos de comunicarnos con otros en quienes podamos depositar toda nuestra fe y toda nuestra confianza.

Hay que distinguir la verdadera amistad del compañerismo; no hay en esto, como pudiera creerse, sólo una cuestión de grados sino diferencias más hondas.

El compañerismo nace cuando aparece un fin exterior que nos obliga a unir nuestros esfuerzos, medios y actividades para poder intentar su realización con probabilidades de éxito.

En algunos aspectos, es impuesto, viene de fuera y cesa una vez obtenido el resultado deseado.

Compañerismo es la unión que se produce entre los jugadores de un equipo, unidos en el esfuerzo para obtener la victoria común. Compañerismo existe entre los soldados de un mismo ejército cuyo fin exterior y común es la defensa del honor nacional y de su propia existencia.

El compañerismo es posible en todas las edades y sexos y en todas las situaciones imaginables y no ofrece tantos peligros como la amistad, pero tampoco tiene tantos valores como aquella.

La amistad puede decirse que exige cierta madurez espiritual y cierto equilibrio estático y fisiológico que hace que aparezca recién en la pubertad, cuando el desarrollo del sistema glandular se ha terminado. Entonces aparece la tendencia a reconcentrarse en el interior de uno mismo y la conciencia adquiere verdadera dignidad y clarividencia.

Teniendo en cuenta algunas de estas características, es que Spranger y Blüer, han creído encontrar en toda amistad, derivadas sexuales partiendo de un concepto especial que estos pensadores sustentan sobre el "eros".

Lo que resulta casi siempre cierto, es que la amistad entre personas de distinto sexo, termina en el amor y en el matrimonio, o se enfría y pierde su vehemencia pasado algún tiempo.

En el estudio de los problemas y derivadas psicológicas que presenta la amistad, tiene importancia el temperamento de los sujetos.

Son muy distintas las manifestaciones de la amistad en un tipo hiperestésico, idealista, un esquizotímico como los denomina Kretschmer, y un materialista o cicloide.

Así, aun colocados en el mismo plano de pureza y desinterés, y determinada la afectividad por idénticos móviles, ¡qué distinta resulta la amistad de Quijote, inverosímil y casi heroica, de la que ofrece Sancho, plácida y sin relieves!

El compañerismo, a pesar de sus móviles externos, crea afectos que pueden transformarse en amistad y además involucra la mejor lección de solidaridad humana. Solidaridad en el esfuerzo, en el triunfo y en el dolor.

Crea afectos que pueden transformarse en amistad porque facilita el conocimiento de los seres humanos. En un equipo de juego que crece, se agiganta en el esfuerzo, que se emulan unos a otros, que desfallecen a ratos, que saltan y se abrazan y gritan en el triunfo, pero que también se consuelan mutuamente en la amargura de la derrota, aprende el hombre a valorar el significado exacto de la colecti-

vidad y a luchar por un ideal que no es de él solo sino del grupo.

En el esplendor terrible y angustioso de las cargas y de los entreveros guerreros, desaparece igualmente la individualidad frente al sentimiento profundamente social que los anima.

Experimentar esa solidaridad, esa comprensión de intereses y de esfuerzos, es abrir de par en par las puertas de la amistad.

Y en esa forma, lo que empezó siendo un sentimiento de compañerismo formado por causas externas, de fuera, empieza a parecerse a la verdadera amistad, fusión de almas, salida de adentro, eterna e indestructible, sin objeto ni contenido aparente, como la belleza serena de los mármoles de Praxiteles o las sinfonías de Beethoven, pero necesarias al fin para la vida!

Muchos son los espíritus dilectos que, aquilatando la importancia que la amistad tiene en las directivas humanas, han procurado analizar sus caracteres y su significado.

Aristóteles decía que la amistad es un alma para dos cuerpos, refiriéndose a la captación y a la vez, a la infiltración silenciosa que se produce en los espíritus de dos amigos.

Cicerón, reflejando las opiniones de los sabios y moralistas griegos dice que la amistad es un perfecto acuerdo sobre las cosas divinas junto con un sentimiento recíproco de benevolencia y afección.

Montaigne se expresa en términos parecidos cuando afirma en sus "Ensayos" que la amistad verdadera es indivisible, es darse por entero al amigo, es desdoblarse y carecer de secretos.

Sin embargo, todas estas definiciones parecen conducirnos a sostener que solamente los seres semejantes pueden ser amigos, y esto no es exacto siempre.

Cajal tiene razón cuando en sus amenas, a la par que profundas, "Charlas de Café", sostiene que este juicio es demasiado exclusivo. "A menudo, dice, nos apreciamos porque dentro de esos sentimientos recíprocos de simpatía y respeto, nos sentimos algo diferentes". "La conversación

misma, indispensable al mantenimiento de la amistad, vendría a ser imposible sin alguna discrepancia en la manera de concebir los problemas filosóficos, políticos o científicos —discordancia destinada a sostener el fuego sagrado del ingenio y de la contradicción medida,— la afección más viva y más antigua se extinguiría en el hastío."

Las psicologías diversas a veces se atraen porque se complementan. Reaccionan y obran de distinta manera. A veces, dos amigos, no son uno superior y otro inferior; son sencillamente dos personas distintas, dos individualidades con su ecuación psíquica propia.

Habría ventajas en cada caso, en averiguar si se atraen porque se convienen o porque se complementan.

La Historia está llena de ejemplos en que esa semejanza ha servido de vínculo para la más admirable y duradera de las amistades.

La psicología de Aquiles es distinta de la de Patroclo y sin embargo la amistad de estos dos héroes homéricos es extraordinaria. El dolor de Aquiles por la muerte de su amigo, le hace olvidar el rapto de Briseida y hasta la irritación que siente por Agamenón, y heridos sus sentimientos de amistad, descarga su terrible cólera y derrota las huestes de Héctor.

Oliverio y Rolando fincan su amistad eterna, en un duelo que sostuvieron. La "Chanson de Roland", esa joya de los cantares de gesta franceses, nos muestra la psicología distinta de estos dos amigos. Lástima que el aéda no se detuvo lo necesario para mostrarnos mejor las diferencias espirituales de los personajes, sin duda, dominado por cantar la traición de Ganelón y el dolor de Carlomagno ante la muerte epónima de Rolando a manos de Marsilio.

Y ya que nos hemos introducido en la hora heroica de las leyendas aromadas de milagros, que nos presenta a los hombres deformados por las pasiones, pero que también nos los muestran tales como son en muchos de sus aspectos psíquicos, recordamos el desafío de Arias Gonzalo y Ordóñez ricamente narrado en el Romancero del Cid.

¡Qué admirable resulta la reconciliación de estos dos caballeros y qué de sugerencias nos ofrece la amistad que

de ella nace con una frescura que contrasta con la rudeza de las costumbres del medioevo. Allí es el fuerte, que vencedor consuela al débil, y pone tal sinceridad al hacerlo y hay tanta nobleza en sus gestos y en sus palabras, que hasta logra hacerse perdonar su superioridad para fincar en ella la amistad, nacida de ese mismo contraste, de esa misma desemejanza de que hablábamos.

La verdad es que la influencia que ejercen las amistades como elemento de integración y de modificación de nuestras directivas ideológicas, la encontramos a cada paso estudiando la vida de los hombres célebres, que por su importancia, los biógrafos se han preocupado de analizar en sus más mínimos detalles.

Bernardino de Saint Pierre, el conocido literato renacentista francés, no olvidó nunca la benéfica influencia que ejerció sobre sus ideas y sobre su carácter Paul de Chabrilant, su compañero de colegio de Caen. Ambos camaradas, a los diez y seis años de edad, rivalizaban en inteligencia y contracción al estudio. Eran jóvenes precoces, de una sensibilidad exquisita y de una gran nobleza. Pero, Saint Pierre era excesivamente apasionado y ambicioso; Chabrilant, puro, sencillo, moderado, ejerció una saludable influencia sobre su amigo; calmó su imaginación demasiado exaltada y le dió la moderación necesaria.

Y quizá por eso, en sus obras, llenas de gracia y de frescura, hallamos el apasionamiento en algunos de sus juicios, pero también la anotación precisa del detalle que hace encantadoras e inmortales sus descripciones realistas.

Montaigne en sus "Ensayos" ya citados, y que posiblemente no son otra cosa que la historia de su propia vida, nos describe con la flexibilidad habitual de su frase impregnada de ese sabor al terruño nativo que le presta tanto encanto, el lugar que ocupó en su vida un amigo dilecto: La Boétie, a quien consagra uno de los capítulos de sus obras inmortales.

¡Qué riqueza en sugerencias nos ofrece la amistad admirable de Boileau, Racine, Lafontaine y Molière, cuatro príncipes de la literatura francesa!

¡Qué alquimia extraordinaria, qué trasvasación milagrosa de caracteres debe haberse realizado al calor amable de

misma, indispensable al mantenimiento de la amistad, vendría a ser imposible sin alguna discrepancia en la manera de concebir los problemas filosóficos, políticos o científicos —discordancia destinada a sostener el fuego sagrado del ingenio y de la contradicción medida,— la afección más viva y más antigua se extinguiría en el hastío.”

Las psicologías diversas a veces se atraen porque se complementan. Reaccionan y obran de distinta manera. A veces, dos amigos, no son uno superior y otro inferior; son sencillamente dos personas distintas, dos individualidades con su ecuación psíquica propia.

Habría ventajas en cada caso, en averiguar si se atraen porque se convienen o porque se complementan.

La Historia está llena de ejemplos en que esa semejanza ha servido de vínculo para la más admirable y duradera de las amistades.

La psicología de Aquiles es distinta de la de Patroclo y sin embargo la amistad de estos dos héroes homéricos es extraordinaria. El dolor de Aquiles por la muerte de su amigo, le hace olvidar el rapto de Briseida y hasta la irritación que siente por Agamenón, y heridos sus sentimientos de amistad, descarga su terrible cólera y derrota las huestes de Héctor.

Oliverio y Rolando fincan su amistad eterna, en un duelo que sostuvieron. La “Chanson de Roland”, esa joya de los cantares de gesta franceses, nos muestra la psicología distinta de estos dos amigos. Lástima que el aéda no se detuvo lo necesario para mostrarnos mejor las diferencias espirituales de los personajes, sin duda, dominado por cantar la traición de Ganelón y el dolor de Carlomagno ante la muerte epónima de Rolando a manos de Marsilio.

Y ya que nos hemos introducido en la hora heroica de las leyendas aromadas de milagros, que nos presenta a los hombres deformados por las pasiones, pero que también nos los muestran tales como son en muchos de sus aspectos psíquicos, recordamos el desafío de Arias Gonzalo y Ordóñez ricamente narrado en el Romancero del Cid.

¡Qué admirable resulta la reconciliación de estos dos caballeros y qué de sugestiones nos ofrece la amistad que

de ella nace con una frescura que contrasta con la rudeza de las costumbres del medioevo. Allí es el fuerte, que vencedor consuela al débil, y pone tal sinceridad al hacerlo y hay tanta nobleza en sus gestos y en sus palabras, que hasta logra hacerse perdonar su superioridad para fincar en ella la amistad, nacida de ese mismo contraste, de esa misma desemejanza de que hablábamos.

La verdad es que la influencia que ejercen las amistades como elemento de integración y de modificación de nuestras directivas ideológicas, la encontramos a cada paso estudiando la vida de los hombres célebres, que por su importancia, los biógrafos se han preocupado de analizar en sus más mínimos detalles.

Bernardino de Saint Pierre, el conocido literato renacentista francés, no olvidó nunca la benéfica influencia que ejerció sobre sus ideas y sobre su carácter Paul de Chabrilant, su compañero de colegio de Caen. Ambos camaradas, a los diez y seis años de edad, rivalizaban en inteligencia y contracción al estudio. Eran jóvenes precoces, de una sensibilidad exquisita y de una gran nobleza. Pero, Saint Pierre era excesivamente apasionado y ambicioso; Chabrilant, puro, sencillo, moderado, ejerció una saludable influencia sobre su amigo; calmó su imaginación demasiado exaltada y le dió la moderación necesaria.

Y quizá por eso, en sus obras, llenas de gracia y de frescura, hallamos el apasionamiento en algunos de sus juicios, pero también la anotación precisa del detalle que hace encantadoras e inmortales sus descripciones realistas.

Montaigne en sus "Ensayos" ya citados, y que posiblemente no son otra cosa que la historia de su propia vida, nos describe con la flexibilidad habitual de su frase impregnada de ese sabor al terruño nativo que le presta tanto encanto, el lugar que ocupó en su vida un amigo dilecto: La Boëtie, a quien consagra uno de los capítulos de sus obras inmortales.

¡Qué riqueza en sugerencias nos ofrece la amistad admirable de Boileau, Racine, Lafontaine y Molière, cuatro príncipes de la literatura francesa!

¡Qué alquimia extraordinaria, qué trasvasación milagrosa de caracteres debe haberse realizado al calor amable de

la amistad de estos genios, para crear, como lo hicieron, la escuela de la naturalidad, de la observación y de lo verdadero frente a la domesticidad genuflexiva y cortesana que caracterizó la literatura de la dorada corte del Rey Sol!

Anteriormente, dijimos que, a veces, padecemos la ilusión de una libertad espiritual que no poseemos en toda su integridad, e hicimos notar la influencia que ejerce sobre nosotros el grupo social en que actuamos. Como se comprende, los que están más cerca, los familiares y amigos, ejercen esa influencia en un grado mayor, no sólo por razones de continuidad y de proximidad en la acción, sino porque viven nuestros problemas y tienen intereses parecidos a los nuestros.

Que esto es así, podemos comprobarlo fácilmente. Intervengamos por primera vez en un círculo de personas con las cuales no tengamos una amistad estrecha, y juzgaremos sus problemas de muy distinta manera y con menos apasionamiento que el que las domina a ellas.

Podemos imaginar, para una comprensión más fácil del problema, una serie de círculos concéntricos: en el centro el individuo y acercándose a él, la humanidad, la sociedad en que vive, los amigos y los familiares que lo rodean.

Aunque parezca paradójal, quien experimenta la influencia de varios de estos círculos, es más libre, más personal que quien convive dentro de uno solo.

Sufrir la influencia de uno solo de estos círculos, sin las defensas naturales que suministra el conocimiento de todos, o de la mayor parte de ellos, es atar el espíritu, quitarle vuelo y reducir el horizonte.

El símil más perfecto que puede hacerse, es el que nos ofrece la noción muy conocida de lo que en cosmografía se define como horizonte visible. A medida que nos elevamos sobre el lugar de observación, el horizonte se amplía sin otra limitación que nuestro poder de definición visual. Las imágenes que obtenemos son reducidas por la distancia, pero completas, un poco brumosas por la interposición de las capas atmosféricas, pero sin perder nada de su integridad.

Quien escudriña el panorama social sin elevar el punto de observación, reduce el horizonte, tiene una visión incompleta del mismo, aprecia mejor los detalles pero a cambio de esta pequeña ventaja pierde la noción integral y la armonía del conjunto.

Por otras razones no es conveniente limitar el círculo de amistad y de intercambio intelectual. Los hombres posiblemente mejoran cuando se conocen mejor; el comercio intelectual entre personas de igual profesión, de iguales intereses y de idénticas inquietudes, dogmatiza el pensamiento en algunos aspectos, da la sensación, por cierto errónea, de una superioridad, de una primacía que no existe. Si interrogamos a una persona especializada en algún arte o ciencia, es casi seguro que con toda buena fé procurará convencernos de que el mundo cambiaría si se colocaran en primer término los problemas que él estudia.

Sucede esto, sencillamente porque ha perdido la noción del conjunto; tiene soluciones hechas para cada caso y no ha creado los centros de defensa mental necesarios para advertir la total dependencia de todos los esfuerzos humanos y que si en alguna forma ellos pueden jerarquizarse, es midiendo la honestidad con que cada hombre los realiza.

El día que los hombres tengamos una comprensión perfecta de estos problemas, veremos normalmente al hombre de letras, al médico y al jurista fraternizar con el albañil o el carpintero, tan dignos y tan necesarios como aquéllos en la complicada mecánica de la vida social.

Entonces, los errores de unos, se disiparán con el trato de los otros y es posible que del esfuerzo armónico de todos, mejore la función que cada uno desempeña, y, la Vida, divina alquimia, se supere.

---

---

---

La Dirección del "BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY" pide y agradece canje. Solicita también la remisión de libros y publicaciones para este Boletín.

La Direction du "BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY" désire et remercie l'échange. Sollicite également l'envoi de livres et publications pour ce Bulletin.

The Direction of "BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY" is very grateful for the exchange. Desires the remittance of books and publications for this Bulletin.

---

---

Dirección:

Adresse:

Address:

1 v

Sr. Director del

"BOLETÍN DE LA MASONERÍA DEL URUGUAY"

CALLE DR. DUVIMIOSO TERRA, 1481

MONTEVIDEO — URUGUAY  
(AMÉRICA DEL SUD)

---

---





1- 29

1- 35

2- 51-52

2- 54

3- 94